

CAPITULO IV.

Deans dejó su trabajo, se entró en su jardín en el que se paseó por algun tiempo, y el resultado de todas sus reflexiones le confirmó en su determinacion, de dejar á la conciencia de su hija el cuidado de guiarla en la posicion delicada en que á su parecer la veia. Conviene observar, que jamas le ocurrió al viejo Deans que Jeanie para salvar á su hermana, tuviese que recurrir al perjurio ó á la mentira: toda su cuestion se limitaba á saber si un miembro de la iglesia presbiteriana podria, sin pecado, prestar juramento ante un tribunal de justicia, cuyos poderes emanaban de un gobierno que no profesaba los mismos principios religiosos.

Habiéndose armado de toda la firmeza de carácter de que se halló capaz en aquel momento, se fue á buscar á su hija no sabiendo aun como tocara un objeto tan importante como delicado. Una casualidad feliz le sacó de este embarazo. Jeanie estaba leyendo una órden

que acababa de recibir para compareeer como testigo en la causa de su hermana. El digno magistrado, M. Middlebourg, determinado á dejar abiertas en favor de Effie todas las puertas que la ley no habia cerrado, y á no dejar á su hermana ningun pretexto que podia impedirle dar testimonio en su favor, si su conciencia se lo permitia, habia antes de salir de Edimburgo hecho preparar esta cita, y mandó que se la llevasen á Jeanie media hora despues de su salida, y ésta la recibió mientras su padre estaba en el jardín.

-- Yo veo, le dijo el viejo con una voz trémula, que estais instruida de lo que ocurre.

-- Si, padre mio. ¿Cómo nos encontramos cruelmente colocados entre las leyes de Dios, y las inclinaciones de la naturaleza?

-- ¿Qué haré? ¡Dios mio! ¿Qué haré?

Jeanie no tenia ningun escrúpulo en comparecer ante un tribunal de justicia y prestar juramento. Ella habria oido sin duda á su padre discutir este punto mas de una vez, pero ponia muy poca atencion á estas discusiones teológicas, tan minuciosas como poco importantes á la práctica de las virtudes; y esplicándose en los términos que hemos referido, nó

pensaba mas que en la conversacion que habia tenido con el desconocido en el terrero de Muschat. En una palabra, ella preveia, que iba á encontrarse en la cruel alternativa, ó de sacrificar á su hermana diciendo la verdad, ó de cometer un perjurio si queria salvarla. Deans al contrario, creyó que Jeanie solo temia que no la fuese permitido prestar juramento delante de un tribunal de justicia no presbiteriano.

-- Hija mia, la dijo, yo he pensado siempre que en materia de duda y controversia un cristiano, no debe tomar por guia mas que su conciencia fundada y segura; consultad la vuestra, y haced lo que ella os inspire.

-- Pero mi querido padre, ¿puede haber en esto la menor duda? Acordaos de los principios del Evangelio.

Deans se quedó un momento sin responder; sin embargo, persistiendo en su determinacion de no influir en la resolucion de su hija, la añadió: -- Yo no digo, hija mia, que vuestra senda se halle sin espinas, rogad al Señor que las separe y que os haga conocer su voluntad. Si vos creis poder en conciencia comparecer ante el tribunal en favor de vuestra hermana..... Aquí le faltó la voz por un instante.... Sí, ella

es vuestra hermana segun la carne, Jeanie; y por mas indigna que os parezca, es hija de un madre que á mi parecer está hoy en el Cielo, y que os ha servido como tal mientras ha vivido en este mundo despues que perdisteis la vuestra. Pero si vuestra conciencia no os permite dar este paso, no le deis, mi querida hija, y dejad que la voluntad del Cielo se cumpla.

El sentimiento de Deans, hubiera sido mayor si hubiese llegado á comprender que su hija interpretaba sus palabras, no como refiriéndose á un punto de controversia sobre el cual los mismos presbiterianos no estaban acordes, sino como animándola á contravenir al precepto divino: *no mentirás*: que los cristianos verdaderos y de todas las sectas miran como sagrado.

-- ¿Es posible que sea mi padre el que me hable de este modo? pensó Jeanie cuando Deans se retiró. ¿O es el enemigo del género humano, que ha tomado sus facciones y su voz para conducirme á una perdicion eterna? ¡Una hermana pronta á perecer en un cadalso, y un padre que me enseña el medio de salvarla!... ¡Oh Dios mio!... ¡Libradme de tan terrible tentacion!

La pobre Jeanie estaba tanto mas afligida cuanto que veia que ella podia salvar á su hermana, pero que la religion y su conciencia le prohibian. En este caso de afliccion y de sentimiento, su corazon se hallaba como un navio batido en la rada por una violenta tempestad, á quien no queda mas que un cable y una áncora. Jeanie no tenia mas que su confianza en la providencia, y la firme resolucion de hacer su deber.

El cariño de Butler y sus sentimientos religiosos hubieran sido su consuelo y su apoyo en la situacion en que se encontraba; pero despues que recobró su libertad, no venia ya á San Leonardo en razon de la obligacion que habia hecho de no ausentarse de la parroquia de Libberton; por consiguiente se vió reducida á no buscar otra guia mas que su propia conciencia.

Jeanie creia que su hermana estaba inocente, porque no habia podido obtener esta confesion de su propia boca, y este no era el menor de sus sentimientos. Saddletree y otras personas que tomaban interés por la familia de Dans, habian solicitado muchas veces de los magistrados la autorizacion de que las dos hermanas pudiesen verse; pero se habian negado

á ello hasta entonces, porque esperaban que teniéndolas separadas, podrian obtener de las mismas algunas noticias sobre Robertson, cuya prision era el principal objeto de todos sus deseos. Jeanie fue examinada con respecto á esto por M. Middlebourg. Pero ¿qué podia ésta decirle? Ella le declaró que no le conocia, que era posible que hubiese sido con él la conversacion que tuvo en una cita cerca del terrero de Muschat; que él le habia pedido esta entrevista para darle algunos consejos con respecto á su hermana, lo que añadió, no tenia relacion mas que con Dios y con su conciencia; que en fin, ella no sabia ni lo que habia sido, ni lo que era, ni en donde estaba.

Effie guardó el mismo silencio aunque por una causa diferente. Se la ofreció inútilmente una comutacion de pena y aun su perdon, si queria indicar los medios de descubrirle; pero no contestaba mas que con sus lágrimas, y cuando á fuerza de persecuciones se la obligaba á hablar, no se obtenian de ella sino respuestas poco decorosas.

Se difirió por muchas semanas la vista de la causa de Effie, con la esperanza de que se la podria determinar á hablar sobre un asunto

que interesaba mucho mas á los magistrados, que su delito ó su inocencia; pero viendo que era imposible obtener de ella la menor noticia, los magistrados perdieron la paciencia, y fijaron el dia en que debía comparecer en el tribunal para ser juzgada.

Entonces fue cuando M. Sharpitlaw, acordándose en fin, de la promesa que la habia hecho á Effie, y causado tal vez de las instancias continuas de M. Saddletree su vecino, se decidió á dar al carcelero la orden de permitir que entrase en la cárcel Jeanie Deans.

En fin, fue la vispera del dia tremendo en que la suerte de Effie iba á decidirse, cuando su hermana obtuvo el permiso de verla. Penosa entrevista, y que tuvo lugar en un momento que la hizo aun mas aflictiva. Esta hacia parte de la copa amarga, reservada á Jeanie para espiar faltas, que ella no habia cometido. El medio dia fue la hora indicada en el permiso para entrar en la cárcel, y á ella se dirigió Jeanie á aquella morada del crimen y de la desesperacion para ver á su hermana por la primera vez despues de muchos meses.

Ratcliffe, que era uno de los llaveros de la cárcel, como hemos dicho, le abrió la puerta.

Este, que no conocia ni pudor ni vergüenza, despues de haber cerrado la triple cerradura, le dirigió una mirada que la hizo temblar, y le preguntó si le conocia.

--No; respondió Jeanie con una voz mal segura.

-- ¡Cómo! ¿No os acordais del claro de luna del terrero de Muschat, de Robertson y de Ratcliffe? Vuestra memoria tiene necesidad de quien la ayude.

Si alguna cosa hubiese podido aumentar la afliccion de Jeanie, hubiera sido el encontrar á su hermana bajo la custodia de semejante hombre. Sin embargo, Ratcliffe no carecia de buenas calidades. En la carrera del vicio que habia seguido, jamas sus manos se habian manchado con sangre, jamas se habia manifestado cruel; y en las funciones que egercia no era insensible á la humanidad. Pero Jeanie no conocia este lado apreciable: solo se acordaba de la escena que habia pasado entre los dos en el terrero de Muschat, y así apenas encontró valor para decirle que tenia permiso para ver á su hermana.

-- Ya lo sé, ya lo sé, pobrecita; por señas, que me han dado la orden de no perderos de vista durante todo el tiempo que esteis con ella.

-- ¿Es posible? exclamó Jeanie.
 -- Y muy posible. ¿Y qué inconveniente hay en que Jayme Ratcliffe oiga lo que teneis que decirle? El diablo sea, si decis una palabra que le haga conocer las malicias de vuestro sexo mejor que él las conoce. Y con tal que no forméis un complot para violentar la cárcel, el diablo me lleve si yo repito una sola palabra en bien ó en mal de cuanto podeis decir.

Hablando así, llegaron á la puerta del cuarto en que Effie estaba encerrada.

La pobre prisionera habia sido prevenida para esta visita, y durante toda la mañana la vergüenza, el temor y la pena se habian disputado la posesion de su corazon. Todos estos sentimientos se confundieron con cierta especie de alegría, cuando vió á su hermana, y precipitándose en sus brazos, exclamó: -- ¡Jeanie! ¡Mi querida Jeanie! ¡Cuanto tiempo hace que no te veia! Jeanie la abrazó con una ternura que no dejaba de tener su placer; pero fue como un rayo del Sol, que penetra por un momento por entre espesas nubes y desaparece al instante. Las dos se sentaron sobre la cama teniéndose cogida la mano, pero sin hablar palabra durante algunos minutos. Su fisonomía

que al principio habia manifestado cierto vislumbre de alegría, se fue oscureciendo poco á poco, y tomó al fin el ceño de la melancolía y de la desesperacion: por último, abrazándose las dos derramaron un torrente de lágrimas.

Ratcliffe mismo, apesar de que su corazon se hallaba endurecido por la vida que habia llevado durante cuarenta años, no pudo ver esta escena sin enternecerse. Dió una prueba de esto por una accion, que aunque en el fondo sea una bagatela, anuncia mas delicadeza que la que se podia esperar de su carácter, y del lugar que ocupaba. La ventana de la habitacion en que se hallaba Effie estaba abierta, y los rayos del sol que penetraban por ella, daban de lleno sobre la cama en que estaban sentadas las dos hermanas. Ratcliffe juntó las contraportas, y pareció así correr un velo sobre la escena de afliccion y de lágrimas de que iba á ser testigo involuntario.

-- Estais mala, Effie, muy mala. Tales fueron las palabras que Jeanie pudo pronunciar.

-- Yo quisiera estarlo cien veces mas, Jeanie, le contestó su hermana. ¿Qué no daría yo por estar muerta mañana antes de las diez de la mañana?... ¿Y nuestro padre?... Pero no.... yo

ya no soy su hija; yo no tengo ningún amigo en este mundo. ¡Ah! ¿Por qué no estaré yo ya al lado de mi madre?

-- Vamos, vamos, mi querida, la dijo Ratcliffe, es menester no desanimarse. No se matan todas las zorras que se cogen. M. Novit es un abogado famoso; él ha sacado á mas de cuatro de negocios tan delicados como el vuestro; y despues ahorcado ó no, al menos tiene una la satisfaccion de haber sido bien defendido. Ademas, vos sois hermosa, es menester que levanteis ese pelo que os cae sobre los ojos: una linda cara halla siempre algun favor entre los jueces y losjurados, que á un viejo malvado como yo, le condenarian á presidio, solo por haber robado la quinta parte de la uña de una pulga.

Ninguna de las dos hermanas contestó á esta especie de consuelo, que las daba Ratcliffe; pues estaban tan poseidas de su dolor, que ni aun hacian atencion á su presencia.

-- ¡Oh hermana mia! dijo Jeanie ¿Por qué me habeis ocultado vuestra situacion? ¿Había yo merecido esta falta de confianza?

¿Y qué resultados pudiera haber tenido el comunicaros mi vengüenza y mis penas, sino el haceros participar de ellas?

-- ¿Que bien? Que si me hubierais dicho una sola palabra, yo podia prestar juramento de que me habiais instruido de vuestra situacion, y vuestra vida no corria ningun riesgo.

-- ¡No corria ningun riesgo! repitió Effie con agitacion: tan natural es el amor de la vida, aun para los que la miran como una carga. ¿Y quién os ha dicho eso?

-- Uno que sabe probablemente muy bien lo que se dice: respondió Jeanie, no pudiendo resolverse á pronunciar el nombre del seductor de su hermana.

-- Dime su nombre, Jeanie, exclamó Effie yo te lo suplico, dimelo. ¿Quién ha podido tomar interés por una desgraciado como yo?.. ¿Era.. era él?

-- Vamos, dijo Ratcliffe... ¿Por qué dejais á esta pobre criatura en la duda? Yo responderé bien que fue Robertsoo, quien os la ha dicho cuando le vistéis en el terrero de Muschat.

-- ¿Era él Jeanie? exclamó Effie; ¿era bien él? ¡Oh! yo veo bien que era él. ¡Pobre Geordi! ¡Cuando yo le acusaba de haberme olvidado en un momento en que corria tanto riesgo!

-- ¿Como podeis hablar asi de semejante hombre, hermana mia? le dijo Jeanie poco satisfe-

cha de aquel impulso de ternura por un hombre, que habia causado todos sus males.

-- Vos sabeis que debemos perdonar á los que nos han ofendido, le contestó Effie, bajando los ojos con un aire tímido, pues su conciencia le decia, que el afecto que experimentaba aun por el que la habia seducido, no tenia nada de comun con la caridad cristiana, con que trataba de escudarse.

-- ¿Y despues de haber sufrido tanto por él? ¿es posible que le ameis aun?

-- ¡Amarle! Si yo no le hubiese amado, como una muger ama raras veces, no me hallaria entre las paredes de esta cárcel. ¿Y crecis que un amor como el mio pueda olvidarse con facilidad? No, no, Jeanie, vos podreis cortar el árbol, pero no podreis mudar la forma de su tronco. Yo os lo suplico, Jeanie, si quereis tranquilizar mi espiritu, contadme todo lo que os ha dicho, no olvideis ni una sola palabra.

-- ¿Y qué necesidad tengo yo de hablaros de él? Por otra parte nuestra conversacion no fue larga, pues tenia bastante que hacer con sus negocios, sin necesidad de pensar en los de los otros.

-- Esto no es posible, Jeanie; aunque me lo

diga una santa, contestó Effie con alguna aspereza. ¡Pero vos no sabeis hasta qué punto ha espuesto su vida por salvar la mia! Ella miró á Ratcliffe, y dió á entender que no se atrevia á esplicarse mas.

-- Yo creo, dijo Ratcliffe como burlándose, que esta jóven piensa que es ella sola la que tiene ojos. ¿No ve visto yo que Jaime Portevs no era sola la persona que él queria hacer salir de la cárcel? Pero vos habeis pensado como yo, que vale mas esperar aqui la suerte, que correr á la aventura. Vos no teneis necesidad de mirarme con esos grandes ojos asi abiertos. Yo se aun, tal vez, muchas mas cosas que las que pensais.

-- ¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó Effie precipitándose á sus pies, y cogiéndole por el capote: ¿sabeis que se ha hecho de mi hijo? la causa inocente de mi vergüenza y de todas mis penas. ¿Quién me lo ha quitado? ¿qué han hecho de él? ¿En donde está? ¡Ah! si deseais una parte de la herencia de los cristianos en el cielo, ó las bendiciones de una madre affligida sobre la tierra, decidme que se ha hecho.

-- Dejadme estar, le contestó Ratcliffe, tratando de desasirla del capote, que le tenia aun

cogido: esto es pillarme por mis palabras. ¡y delante de un festigo! ¡su hijo! ¿y como sabré yo que se ha hecho? Eso preguntárselo á la vieja Meg Murdockson, si vos no lo sabeis.

La pobre Effie viendo por esta respuesta disipadas las esperanzas que habia empezado á concebir, cayó en el suelo agitada por violentas convulsiones.

Jeanie Deans tenia tanta presencia de ánimo como reflexion. Sin dejarse abatir por el sentimiento que la afligia viendo á su hermana en aquel estado, se ocupó solo en prodigarle los socorros que era posible obtener en el triste lugar en que se encontraba. Es menester aun decir en honor de la humanidad de Ratcliffe, que inmediatamente fue á buscar agua fresca, y que cuando Effie recobró su conocimiento, tuvo la delicadeza de retirarse á un rincón del cuarto, de modo que su presencia les incomodase lo menos posible en lo que tenian que decirse.

Effie instó entonces á su hermana en los términos mas espresivos le manifestase todos los pormenores de la conversacion que habia tenido con Robertson; y ésta conoció que era imposible negarle aquella satisfaccion.

-- ¿Os acordais, le dijo Jeanie, que un dia que teniais calentura, antes que saliesemos de Woodenel, vuestra madre me riñó por haberos dado agua y leche porque llorabais para que os la diese? Entonces erais una niña: ahora sois una muger, y no debeis pedirme que os diga cosas, que mas valdria que ignoraseis.

Effie se arrojó entre los brazos de su hermana, la abrazó, lloró: -- ¡Si vos supieseis, le dijo, cuan largo tiempo ha que no he oido hablar de él! ¡por cuan dichosa me tendria de saber alguna cosa de un hombre que es todo ternura, todo bondad! no os sorprenderian mis preguntas.

-- Jeanie suspiró. -- En fin, le dijo, que yo haga bien ó mal, no puedo ya negaros lo que me pedis. Entonces le contó todo lo que le habia pasado con Robertson. Effie la escuchaba cuasi sin atreverse á respirar: tenia una de las manos de su hermana entre las suyas, parecia devorarla con los ojos, y no la interrumpia sino para esclamar de tiempo en tiempo: ¡pobre muchacho! ¡pobre Geordi!

-- ¿Y ese fue el consejo que os dió? dijo, cuando Jeanie cesó de hablar.

-- Como acabo de deciroslo.

-- ¿Y él quería que hablaseis á los jueces para salvarme la vida?

-- Si, cometiendo un perjurio.

-- ¿Y vos decís que no os interpondreis entre mi vida y la muerte, que me amenaza á la edad de diez y ocho años?

-- Yo le dije, replicó Jeanie temblando en vista del aspecto que parecían tomar en aquel momento las reflexiones de su hermana, que yo no podía resolverme á decir una mentira despues de haber jurado decir la verdad.

-- ¿Qué llamais decir una mentira? exclamó Effie con aspereza. ¿Os atreveréis á creer que una madre haya podido, haya querido, hacer perecer á su hijo? Yo hubiera dado mi vida solamente por abrazarle un instante.

-- Yo estoy bien convencida que vos sois tan incapaz y estais tan inocente de este crimen como el mismo niño.

-- Estoy sumamente satisfecha, le contestó Effie bajo el mismo tono, que me hagais esta justicia. Las personas que como vos, no tienen nada que reprocharse, se inclinan algunas veces á sospechar á las demas en lo que no les ocurrió nunca la idea de ser culpables.

-- Yo no merezco que me habléis así, Effie;

le dijo Jeanie llorando, sumamente afligida por la injusticia de aquel reproche, que perdonaba al estado en que se hallaba su hermana.

-- Es posible mi querida hermana; pero vos llevais á mal que yo ame á Robertson. ¿Y cómo no amaré yo á un hombre, que me ama mas que á su cuerpo y á su alma todo junto? ¿No ha arriesgado su vida para violentar la cárcel, y hacerme salir? Y yo estoy convencida que si dependiese de él como de vos... aqui se detuvo un poco.

-- ¡Ah! ¿si no se tratase mas que de arriesgar mi vida para salvar la vuestra! exclamó Jeanie.

-- Esto es muy fácil de decir, hermana, y no tan fácil de creer, pues que no teneis mas que decir una palabra para salvarme; y si esto era una falta, teniais aun tiempo para arrepentiros.

-- Pero esta palabra, los mandamientos de Dios prohiben el pronunciarla; y el pecado es mucho mas grande cuando se comete deliberadamente.

Muy bien, muy bien Jeanie, no hablemos mas.

-- Es bien duro, mi querida, le dijo Ratcliffe, que cuando con solo tres palabras podiais libertar á esa pobre muchacha nada menos que

de subir á la horca para que allí le aprieten, pescuezo, hagais tanto escrúpulo por un juramento; que el diablo me lleve, si yo no hiciese mil para salvarla, si los quisiesen recibir. ¡Pardiez! ¡he hecho yo mas de cincuenta solo por salvar una barrica de aguardiente de manos de los duaneros! Pero hija mia, si tal es vuestra conciencia, allá vuestra alma con vuestra palma: Dios que os lo admita en descargo de vuestros pecados.

-- Basta, no hablemos mas, dijo Effie, mejor seria que yo... pero á Dios hermana; no detengamos por mas tiempo á M. Ratcliffe. Yo espero que nos veremos antes que... Effie no pudo acabar, y su rostro se cubrió con una palidez mortal.

-- ¡Como! Effie: ¿asi nos separamos? exclamó Jeanie. Dime, Effie, dime que es lo que quieres que yo haga, que yo encontraré bastante firmeza en mi corazon....

-- No mi querida Jeanie, la interrumpió su hermana; no, no quiero que por salvar la vida de una desgraciada, mancheis vuestra inocencia. Dios sabe que cuando yo tengo toda mi presencia de espíritu, no quisiera que nadie me salvase la vida á espensas de su con-

ciencia. Yo hubiera podido huir de esta cárcel el dia que se forzaron sus puertas; yo hubiera encontrado entonces un protector: pero yo me digo: ¿de qué me sirve conservar la vida, cuando he perdido mi honor? Mas esta larga prision ha agotado las fuerzas de mi espíritu como las de mi cuerpo.

Jeanie Deans estuvo aun dos horas con su hermana, durante las cuales trató de sacar á esta alguna confesion que sirviese á su justificacion, pero solo dijo lo que habia declarado en su primer interrogatorio que nuestros lectores conocerán á su tiempo. Ellos no han querido creerme, añadió, yo no tengo mas que decirles.

En fin, Ratcliffe, aunque apesar suyo, se vió obligado á decirles que ya era tiempo de que se separasen, y las dos hermanas se despidieron abrazándose mutuamente y derramando torrentes de lágrimas. Jeanie al salir se estremeció oyendo correr los gruesos cerrojos de la puerta bajo la cual quedó encerrada y sola su desgraciada hermana. Habiéndose familiarizado un poco con su conductor le ofreció una pieza de plata, suplicándole hiciese lo que dependiese de su cuidado en favor de su herma-

na; pero con gran sorpresa suya, éste no quiso admitirla.

Quando yo trabajaba en los caminos públicos (y escusados) jamas derramé la sangre de nadie; ahora que trabajo en una cárcel, haré lo que pueda para enjugar ó impedir las lágrimas que derramen los que esten bajo de mis llaves, sin necesidad de tomar dinero para ello. Guardad el vuestro; vuestra hermana no carecerá de nada de cuanto dependa de mi mano; yo cuidaré que le sirvan la comida caliente, y veré si puedo empeñarla á dormir una buena siesta, pues no cierra el ojo en toda la noche. Yo tengo ya una experiencia en esto: la primera noche es la peor de todas. Yo no he conocido jamas á nadie que haya dormido la noche antes de ser juzgado; pero la noche despues, y aun la que precede al dia de la egecucion, se puede dormir un buen sueño. Esto es muy sencillo; el peor de todos los males es la incertidumbre.

CAPITULO V.

Despues de haber empleado en la oracion mucho mas tiempo que el acostumbrado, David Deans se dirigió el dia siguiente, á la entrevista de las dos hermanas, á la sala en donde estaba preparado el almuerzo, con los ojos bajos, no atreviéndose á mirar á Jeanie, porque no sabia aun si su conciencia le permitia comparecer ante el tribunal de justicia para prestar en él su juramento, y si tendria alguna declaracion que hacer en favor de su hermana. En fin, miró sus vestidos para ver si éstos le anunciaban la intencion de ir á la ciudad. Jeanie no tenia el traje que usaba para sus trabajos domésticos, pero tampoco llevaba el que se ponía los domingos para ir á la iglesia. Su discrecion le hizo conocer que si hubiera sido poco respetuoso el comparecer ante un tribunal con un exterior ordinario, no seria menos contrario á su propio decoro el ponerse grandes adornos en una ocasion en que se trataba nada menos que de la vida de su hermana; de